

antigua existencia jamás se borraron completamente. Los *Grandes Reyes* iban con su corte de una capital á otra, del mismo modo que sus antepasados plegaban sus tiendas cuando los pastos se habían consumido; pasaban la primavera en Ecbatana, el verano en Susa, el otoño y el invierno en Babilonia, aprovechándose de la diferencia de climas que ofrecía su inmenso imperio para variar sus goces (1). Las cacerías régias presentaban igualmente una imágen de la vida nómada; los Persas hacían de ellas un ejercicio público, en que los reyes marchaban á la cabeza de sus tropas, como en una expedición militar (2). Así la existencia aventurera del pastor y del cazador se reproducía en medio de la molice y del lujo de una corte oriental.

La invasión de estos Bárbaros más bien parecía una inmigración que una guerra. Su ejército, compuesto en gran parte de caballería, iba engrosando en su carrera, rápida como una avalancha, arrastrando consigo todas las naciones vencidas (3). Había entonces en Asia tres imperios poderosos: los Medos, los Babilonios y los Lidios; bastaron algunos combates para derribarlos. No tenemos detalle alguno de estas primeras guerras; pero la uniformidad de las conquistas asiáticas nos autoriza para creer que las de los Persas se señalaron por la devastación y la carnicería, como las de los demás conquistadores. Los historiadores griegos han conservado algunas tradiciones que pintan mejor que las descripciones de batallas, el carácter de los vencedores y la impresión que dejaron en el recuerdo de los vencidos. Habiendo caído el rey de los Lidios en poder de los Persas, fué conducido ante Ciro; dícese que éste lo hizo subir á la pira cargado de hierros y rodeado de catorce jóvenes Lidios. Es sabido que el nombre de Solon, invocado por el desgraciado Creso, le salvó de las llamas (4). La descripción de la muerte de Creso da á conocer mejor al dominador del Asia. Después de la conquista de Babilonia, quiso someter á su poder á los Escitas. En vanecido con sus fáciles triunfos, veía algú

(1) JENOF., *Ciróp.* VII, 9, 22. — BRISSEAU, *De regno Persarum*, I, 165-167.

(2) JENOF., *Ciróp.*, I, 2, 10; VIII, 1, 38. — BRISSEAU, *De regno Persarum*, I, 165-167.

(3) HEEREN, *Persas*, t. I, p. 435 de la trad. — HEROD., I, 86, s. — CTESIÁS, *Pers.*, I, 4.

(4) HEROD., I, 86, s. — CTESIÁS, *Pers.*, I, 4.

## CAPÍTULO II.

### EL DERECHO DE GENTES.

#### § I. — La Conquista.

*Jenofonte* representa al fundador del imperio persa como al más humano de los conquistadores; á creerle, Ciro se había atraído el afecto de los vencidos, hasta el punto de que gustasen de vivir bajo su dominio y que le honrasen con el título de padre (1). La *Ciropedia* ha hecho ilusión por mucho tiempo á los historiadores modernos. *Rollin*, encareciendo todavía ese cuadro ideal, hace de Ciro el modelo de los príncipes; le defiende seriamente de haber emprendido una guerra injusta (2). Aún cuando no tuviésemos en contra los testimonios de los autores antiguos, la naturaleza de las cosas no nos permitiría creer en la realidad de semejante personaje. ¿Cuál era el pueblo á cuya cabeza Ciro conquistó el Asia? *Platon* dice que los Persas eran originariamente pastores; vivían en una comarca agreste que producía hombres de una fuerte constitución, en estado de soportar el frío y las vigiliás, y, cuando era preciso, de hacer la guerra (3). Perteneían, pues, á aquella raza de Bárbaros que invadían casi periódicamente el Asia Meridional. Como todos los nómadas, adoptaron las costumbres, la religión, el género de vida de los vencidos; pero las señales de su

(1) JENOF., *Ciróp.*, I, 1, 5; VIII, 2, 9. — C. HEROD., III, 89.

(2) ROLLIN, *Historia antigua*, t. I, p. 484, edic. de 1740, in 4.º

(3) PLAT., *De Legg.*, III, 695, A. — C. HEROD., IX, 122. — ARRÍAN., V, 4.

de sobrenatural en su destino; no creía posible ya la resistencia. Al principio la fortuna fué favorable á Ciro; el hijo de la reina de los Escitas cayó en su poder. Sin embargo, Tomyris le envió este altivo mensaje: «Escucha, y sigue un buen consejo: devuélveme á mi hijo; deja estas tierras; yo me resignaré á la pérdida de la tercera parte de mi ejército; si no lo haces, juro por el sol, el soberano señor de los Masagetas; si, yo te hartaré de sangre, por sediento que estés.»

«Se empeñó, dice *Herodoto*, el combate más furioso que se dió jamas entre pueblos bárbaros. Ciro perdió en él la vida; Tomyris metió su cabeza en un odre lleno de sangre humana, para saciarle de sangre, como se lo habia prometido» (1). Esta narración es juntamente un testimonio de la crueldad de los conquistadores del Asia, y una reprobacion del derecho del más fuerte. Ninguna parte de la tierra ha sido devastada por los Bárbaros como el Oriente; tambien es de su seno de donde parte una protesta no interrumpida contra los guerreros, desde los reyes de Asiria hasta Alejandro.

*Hegel* dice que la muerte de los héroes que forman época en la historia de la humanidad, está en armonía con su mision (2). Ciro murió como bárbaro, pero sirvió á los designios de Dios reuniendo el Asia Occidental bajo una sola dominacion. Hay uno de sus actos en donde la accion de la Providencia brilla visiblemente. Los Judíos habian sido trasplantados á Babilonia; Ciro los devolvió á su patria. Nada más contrario á los usos de los conquistadores asiáticos; agentes destructores, mezclan las naciones con violencia, pero no piensan en volver á levantar á los vencidos. Pero los Judíos eran depositarios del destino religioso del género humano; debian, despues de fortificarse en el destierro, volver á entrar en la Palestina, para dar nacimiento á Cristo. La luz salida del Oriente estaba destinada á iluminar la tierra entera. Instrumentos del pensamiento divino, los Persas entraron en comunicacion con el Occidente. Ciro abrió el camino; sometió á los griegos del Asia Menor; conquistó la isla de Chipre y el Egipto.

(1) HEROD., I, 204, 211-214.—C. JUSTIN., I, 8.

(2) HEGEL, *Philosophie der Geschichte*, p. 228.

*Jenofonte* dice que los pueblos vencidos no comprendian la lengua del vencedor, y no se entendian entre sí (1); expresion ingénua del estado del mundo oriental al advenimiento de la monarquía persa. Este aislamiento va á cesar. El movimiento de la invasion continúa bajo el hijo de Ciro.

La crueldad de los Bárbaros, que la tradicion de Ciro oculta, por decirlo así, aparece en toda su brutalidad bajo Cambises. Con la conquista del Egipto se abre la sangrienta serie de las atrocidades que manchan la historia de los Persas. Una sola batalla decidió de la suerte de los Faraones. Los Egipcios, retirados á Méfis, dieron muerte á los heraldos enviados por el vencedor para tratar de su sumision. Hubo un juicio terrible sobre esta violacion del derecho de gentes: los jueces reales mandaron que por cada hombre muerto se hiciese morir á diez egipcios de las primeras familias.

El hijo de Amasis y dos mil egipcios de su misma edad fueron conducidos á la muerte á presencia del Rey, con la cuerda al cuello y una mordaza en la boca (2). Nada más espantoso que la venganza ejercida por Cambises sobre el cadáver de Amasis. Era culpable, segun la narración de *Herodoto*, de haber destronado y dado muerte á Apries, suegro del vencedor. Cambises mandó apalearlo el cadáver, arrancarle la barba y los cabellos, picarle á alfilerazos y hacerle mil ultrajes (3).

La fácil conquista del Egipto embriagó al vencedor: emprendió tres guerras á la vez para someter el África. Pero el déspota encontró obstáculos inesperados. Los Fenicios se negaron á marchar contra los Cartagineses, porque les estaban unidos por los lazos de la sangre y de la religion, y los mares de arena hicieron fracasar las expediciones contra los Ammonios y los Etiopes.

A la manera de los Escitas, tenian los Etiopes en la antigüedad la reputacion de ser los más justos de los hombres. ¿Debemos referir á esta tradicion las censuras que *Herodoto* pone en boca de su rey? «Vuestro señor, dice á los espías de Cambises, no es un

(1) JENOF., *Ciróp.*, I, 1, 5.

(2) HEROD., I, 13; III, 14.

(3) HEROD., III, 16.

hombre justo. Si lo fuese, no envidiaría un país que no le pertenece, y no trataría de esclavizar á un pueblo de quien no ha recibido injuria alguna» (1). Jamás ha sido más merecida la reprobación que acompaña á los conquistadores; si hemos de creer á Herodoto, Cambises era cruel hasta el delirio. Hase dicho que el historiador griego es el eco del profundo odio que la casta sacerdotal declaró al vencedor. Pero los testimonios materiales, las ruinas, atestiguan que no todo es invención de los sacerdotes (2). Se ha explicado la conducta de Cambises de varias maneras. Ante todo es preciso atribuirle en parte al carácter de la raza persa, que encontraremos cada vez más cruel, aun en el seno de la paz y de la molición. La intolerancia, que caracteriza á los sectarios de Zoroastro, aumentó la barbarie del fiero conquistador (3).

Las conquistas de los Persas se distinguen de las de los otros pueblos nómadas por su mayor continuidad; hay en ellos algo de la perseverante ambición que anima al pueblo rey. Pasada la primera generación, el ardor guerrero de los Asirios y de los Babilonios cedió; los Persas no cesan de aspirar al imperio del mundo hasta que sucumben bajo el genio del Occidente. Darío toma en una inscripción el título de *Rey de los Persas y de toda la tierra firme* (4), y se apresta á realizar sus pretensiones llevando sus armas á la vez á la India y á Europa. Los ricos productos de la India, extendidos por el Asia desde la más remota antigüedad, dieron á aquellas lejanas comarcas una reputación maravillosa, de que podemos formarnos una idea leyendo las narraciones de Ctesias; aquel paraíso terrestre tentó á los conquistadores. Pareció que hubo ya hostilidades entre el fundador de la monarquía persa y los Indios. Darío continuó sus proyectos. Consiguió dar el Indo por límite á su imperio (5), pero no extendió más lejos sus conquistas; no es con el Oriente con quien él debía entrar en comu-

(1) HEROD., III, 19, 21.

(2) HEROD., III, 27, s. Destruía los templos por el hierro y el fuego; cuando la solidez de los monumentos se resistía á su furor, los mutilaba (STRAB., XVII, p. 554).

(3) Jerjes quemó los templos de la Grecia por consejo de los magos (CICERO, *De Leg.*, II, 10).

(4) HEROD., IV, 91.

(5) PLIN., H. N., VI, 25 (23).—HEROD., IV, 44.

nicación; la misión de los Persas se llamaba hácia los pueblos de Europa. Su expedición contra los Escitas debe atribuirse tanto á la política como á la ambición. Los Escitas habían poco antes dominado en el Asia durante veintiocho años; Ciro encontró la muerte tratando de subyugarlos; era natural que Darío tratase de poner su imperio al abrigo de nuevas invasiones. Pero atacaba pueblos inexpugnables que vivían siempre á caballo, sin tener ciudades ni casas (1). Furioso de no poder encontrar á un enemigo que huía sin cesar, el gran rey requirió á los Escitas para que le trajesen la tierra y el agua. Los Bárbaros respondieron que tratase de profanar las tumbas de sus padres, y que vería si sabían combatir por defenderlas; enviaronle presentes simbólicos, una rata, una rana y cinco flechas. Darío vió en ello la señal de su sumisión; un grande del imperio le dió una interpretación más sutil, que fué confirmada por el resultado de la guerra (2).

Aunque desgraciada, la expedición contra los Escitas tuvo resultados considerables. El rey de los Persas puso el pié en Europa; sus generales sometieron una gran parte de la Tracia, y varias ciudades griegas cayeron en su poder. Había sonado la hora fatal en que iban á romperse las hostilidades entre el Oriente y el Occidente. Más adelante volveremos á la historia de esta lucha; detengámonos aquí á considerar el derecho de gentes y las relaciones internacionales de aquel bosquejo de la historia de esta lucha; que se llama el imperio persa.

## II.—El Derecho de guerra.

«Los Persas se imaginan, dice Herodoto, que toda el Asia les pertenece» (3). Se consideraban como los herederos de las monarquías que habían abrazado una parte del Oriente. Así se explican las palabras extrañas que el padre de la historia pone en boca de Jerjes, cuando la guerra con los Griegos: «Por qué he

(1) HEROD., I, 103-106; IV, 46.

(2) HEROD., IV, 126, 127, 131, 132.

(3) HEROD., IX, 116.

de temer á una nación que Pelope el Frigio, esclavo de mis antepasados, ha subyugado, hasta el punto de que el país y los habitantes llevan aún hoy su nombre?» (1). ¿Quién sabe hasta donde se extendían aquellos singulares títulos? ¿Creerian los Reyes de los Reyes que el mundo entero era su dominio? Tal vez esta creencia es el origen de los mensajes en que pedían la tierra y el agua á las naciones extranjeras: era un propietario que reclamaba su casa. «Apresúrate, dice Darío al rey de los Escitas, á reconocer á tu señor, y á traerle la tierra y el agua como prenda de tu sumision» (2). ¡Desdichados los que no obedecían á aquellas insultantes intimaciones! Se les castigaba como á esclavos insubordinados contra su señor; el vencedor no hallaba cosa más justa que exterminar los pueblos que usurpaban un suelo que pertenecía al Rey. Era además, en concepto de los bárbaros conquistadores, el medio más eficaz de asegurar la conquista. Tal fué la suerte de un gran número de Griegos del Asia menor (3).

La esclavitud era un verdadero beneficio en semejante derecho de guerra. Pero el materialismo oriental manchaba el dón de la vida que el vencedor hacía al vencido. Si los Griegos y los Romanos desconocían la personalidad humana en la esclavitud, al ménos respetaban su naturaleza física. Los Persas escogían los niños más bellos para hacerlos eunucos (4). Cuando el conquistador usaba de humanidad, contentábase con trasplantar la población. Hemos visto practicado este uso por los reyes de Nínive y de Babilonia; los Persas se lo apropiaron é hicieron de él una regla constante de su derecho de gentes. Encuétranse hasta en el fondo del Asia restos de pueblos que la violencia arrancó á la Europa y al África. Después de la conquista de Egipto por Cambises, seis mil habitantes fueron conducidos á Susa (5). Cuando se trataba de expulsar los habitantes de una isla, los Bárbaros, cogidos de las manos, envolvían á los pobres insulares como en una

(1) HEROD., VII, 11.

(2) HEROD., IV, 126.—C. BRISSON, *De regno Persarum*, III, 66, 67.

(3) HEROD., VI, 32; III, 147.

(4) HEROD., VI, 9, 32.

(5) CTESIÁS, *Pers.*, c. 9.

red; Herodoto califica esta estratagema de *caza de hombres* (1); está bien escogida la expresión para censurar este odioso abuso de la fuerza. Había, sin embargo, un elemento providencial en la barbarie de los Persas. Los conquistadores eran los agentes de Dios al trasplantar las poblaciones, porque sólo la violencia podía mezclar los hombres en la antigüedad; felicitémonos de que los pueblos modernos no tienen ya necesidad, para unirse, de ser trasportados de un lugar á otro como rebaños: el comercio, la industria, las artes y las letras han reemplazado á las cadenas y los hierros.

Aun empleaban los reyes persas otro medio más infame para asegurarse la sumision de los vencidos: ¡cosa inaudita! les imponían la corrupcion para enervarlos y quitarles todo pensamiento de insurreccion. A juzgar por la narracion de Herodoto, esta política estaba en armonía con el genio asiático. Creso mismo aconsejaba á Ciro el tratar á su pueblo de este modo: «Perdona á los Lidios, dice, prohibeles tener armas consigo y mándales llevar túnicas bajo sus mantos; que sus hijos aprendan á tocar la cítara, á cantar, á comerciar. Por este medio, ¡oh rey! tú verás bien pronto á los hombres convertidos en mujeres y no tendrás que temer ninguna insurreccion» (2). Creso temía que los Lidios, levantándose contra los Persas, se atrajesen una ruina total; creía que les era más ventajoso estar sometidos que ser vendidos como viles esclavos. Los déspotas orientales ignoran que la corrupcion es la peor de las servidumbres. Fué erigida en sistema y llegó á ser una regla del derecho de gentes: Plutarco cuenta la órden que Jerjes intimó á los Babilonios para que se entregasen á la crápula (3). Esta política odiosa tuvo demasiado éxito. Los Lidios, el pueblo más valiente del Oriente, se volvieron los hombres más cobardes; aquellos que se habian atrevido á luchar por el imperio del Asia, tuvieron por descendientes pantomimos (4). El espectáculo de las naciones sistemáticamente envilecidas, es, cierta-

(1) HEROD., VI, 31.

(2) HEROD., I, 155, s.

(3) PLUTARC., *Apophteg. regia*, XERXES, núm. 2 (pág. 173, C). ζοχαλ (4)(4) POLYAEN., *Stratæg.*, VII, 6, 4. Decíase λυδίται por bailar; los Romanos llamaron á los bailarines y pantomimos *ludiones*, *ludii* (HESYCH., v.º λυδίται).

mente, desconsolador; pero hay algo más triste todavía, y es el ver á las más elevadas inteligencias aprobar esta explotación de la humanidad. Hablando de la política de Ciro respecto de los vencidos, dice *Jenofonte* que para mantenerlos en la esclavitud cuidaba de ellos como de rebaños (1); y el discípulo de Sócrates presenta á este conquistador como el modelo de un príncipe. Tan cierto es que los antiguos no tenían idea alguna de la dignidad humana. La esclavitud cegó á los filósofos; no encontraban injusto el que pueblos enteros fuesen tratados como animales. Gracias al cristianismo y á los progresos de la civilización, no hay hoy un hombre cuyos sentimientos no sean más elevados que los de los sabios de la antigüedad.

Los historiadores dicen que los Persas fueron los más bárbaros de los conquistadores; para caracterizarlos, han tenido que hacer sus comparaciones con las bestias salvajes (2). ¿Cuál es la causa de una crueldad que parecia irritante aun en una edad en que se desconocia la piedad? Según *Montesquieu*, la falta de humanidad es un carácter de todos los estados despóticos: «El príncipe, acostumbado en su palacio á no hallar resistencia alguna, se indigna de la que se le opone con las armas en la mano; y así se deja llevar ordinariamente por la cólera y la venganza. Además, no puede tener la idea de la verdadera gloria. Las guerras deben, pues, hacerse en todo su furor natural, teniendo en ellas el derecho de gentes ménos intervenció que en cualquier otro asunto.» La observación es digna del autor del *Espíritu de las Leyes*; pero explica mejor la ausencia del derecho en los estados despóticos que la crueldad que impera en las guerras y en el seno de las familias reales. Tal vez debe buscarse el origen en el régimen de serrallo que en todo tiempo ha dominado en Oriente con la poligamia. La crueldad acompaña siempre al desenfreno; materializándose, no conserva el hombre más que los instintos feroces del animal. A esta funesta influencia se une la de las pasiones que se agitan en el interior de los palacios reales: la envidia y el odio condujeron á

(1) JENOF., *Ciróp.*, VIII, 1, 43, s. ὡς περ τὰ πρόβατα.

(2) FLATHE (*Encyclopédie d'Erseh*, secc. III, t. 17, p. 397) dice que los Persas eran crueles como tigres.

las venganzas más horribles. ¿Qué había de suceder en semejante medio á un pueblo que en la época de la conquista estaba todavía en ese estado de barbarie, en que la violencia de los apetitos materiales domina al sentimiento moral? Recordemos los crímenes que mancharon á los conquistadores de las Galias; si los Francos, en vez de hallar un freno en el cristianismo, hubieran encontrado un estímulo á su brutalidad en la poligamia, sus guerras y sus familias hubieran ofrecido el espectáculo que presenta la historia del Oriente. La moralidad de los Persas, en lugar de desarrollarse, fué ahogada hasta en su origen.

Nada caracteriza tanto á la nación persa como sus leyes criminales (1). Se distinguen por la crueldad de sus penas; los culpables eran desollados ó enterrados vivos. Hay aún más crueldad en las mutilaciones que los Persas se complacian en imponer. Según el testimonio de *Jenofonte*, Ciro el joven era el Persa que se había mostrado más digno del imperio después del antiguo Ciro; poseía todas las virtudes de un gran rey. Para mostrar el celo con que ejercía la justicia, el historiador griego dice que los grandes caminos se veían cubiertos de hombres á quienes se habían cortado los piés y las manos ó se habían sacado los ojos (2). La inscripción cuneiforme del monumento de *Behistoun*, descifrada por *Rawlinson*, es un testimonio auténtico de la crueldad persa. El rey Darío cuenta en ella la sublevación de Phraortes, rey de Media; el rebelde fué vencido: «Phraortes fué cogido y conducido ante mí. Yo le corté las narices, las orejas y los labios y me lo llevé conmigo. Le tuve encadenado en mi palacio. Después le hice crucificar con sus principales partidarios en Ecbatana.» Otros rebeldes sufrieron la misma suerte (3).

Penetremos un instante en el interior de los palacios reales; las venganzas del serrallo nos darán una idea de lo cruel y degradante del régimen asiático. La comida que el rey medo Astyages hizo servir á Harpagus, es horrible; la respuesta del desdichado padre que se ha comido á su hijo único, es más horrible todavía: «*Todo*

(1) BRISSON, *De regno Persarum*, II, 212-231.

(2) JENOF., *Anab.*, I, 9, 13.

(3) Véase la traducción de la inscripción por BLEY, *Revue Independante*, 25 Octubre 1847, y por BENFEY, *Goetting Gelehrte Anzeig.*, 1846, núm. 204.

cuanto un rey hace es siempre agradable» (1). Los reyes asirios juzgaban con la vida de sus súbditos más poderosos: uno es muerto por envidia en una cacería; otro es convertido en eunuco, porque la favorita real ha alabado su belleza (2). Para comprender hasta donde puede llegar el genio de la crueldad, es menester ver mujeres en escena. La famosa Parysatis es un ideal en este género. Ciro, su hijo predilecto, fué muerto en la batalla que dió á su hermano Artajerjes. Un Cario y un Persa tuvieron la imprudencia de hacer alarde de haberle dado la muerte. El Gran Rey, que envidiaba este honor, empezó por abandonar al Cario á su madre. Parysatis le hizo dar tormento por espacio de diez dias; despues se le arrancaron los ojos y se le echó bronce derretido por los oidos hasta que espiró (3). El rey mismo, deseoso de pasar como matador de su hermano, condenó al Persa á la pena de la rueda por gloriarse de su accion: nada se ha imaginado nunca tan atroz como ese suplicio (4); ¡el desgraciado murió á los diez y siete dias de tormentos! Quedaba á Parysatis, para consumir su venganza, el hacer perecer al eunuco del Rey, Mesabates, que habia cortado la cabeza y la mano de Ciro. Jugó con el Rey á los dados por valor de mil dárícas, se dejó ganar, y en revancha propuso jugar un eunuco. La Reina ganó; escogió á Mesabates y lo entregó inmediatamente á los ejecutores, ordenándoles que lo desollasen vivo, y que extendieran su cuerpo sobre tres cruces y su piel sobre pilotes. Habiendo manifestado Artajerjes su indignacion por esta bárbara ejecucion, Parysatis se echó á reir y le dijo: «Está bueno, á la verdad, que te enfades de esta manera por un maldito viejo eunuco, mientras que yo, que he perdido mil dárícas, tengo paciencia y me callo» (5).

La desmoralizacion, fruto de la vida del serrallo, influyó en las guerras y en las relaciones internacionales. Los autores antiguos

(1) HEROD., II, 119.

(2) CIROP., IV, 6; V, 2, 28.

(3) PLUTARCH., *Artax.*, 14.

(4) IBID., c. 16.

(5) PLUTARCH., *Artax.*, 17. Puede verse otra historia igual en la venganza que Amestris, mujer de Jerjes, tomó sobre la mujer del hermano del rey (HEROD., II, 108-113).

cuentan rasgos de crueldad que rayan en locura, y que serian increíbles si no estuviesen en armonía con el carácter asiático, tal como se ha formado bajo la embrutecedora accion de la poligamia. Séneca refiere que un rey de Persia hizo cortar las narices á un pueblo entero; la comarca tomó de ahí el nombre de *Rhinocolura* (1). La antigüedad entera estaba falta de humanidad, pero el desprecio de la personalidad humana, que se ve en la conducta de los Persas, no se encuentra ya en la historia: el progreso se manifiesta aún en estas carnicerías. Los Griegos mutilados que se presentaron delante de Alejandro son la justificacion de la conquista macedónica. Es verdad que los Helenos gozaban en la destruccion y que no respetaban la libertad, ni aún la vida de los vencidos; pero se respetaban á sí mismos demasiado para destruir en sus enemigos la imagen de los dioses.

### § III.—Organizacion de la conquista. Condicion de los vencidos.

La mision de los conquistadores es unir á las naciones. Esta mision se revela con claridad en las conquistas de Roma. Llegados los últimos á la escena del mundo, los Romanos se aprovecharon de los trabajos de los pueblos que les habian precedido. Para juzgar á los Persas es menester colocarse en este punto de vista. Si se compara la organizacion de su monarquía con el imperio romano, parece ruda é informe. Pero los Grandes Reyes, que fueron los primeros que emprendieron esta obra, no hicieron más que bosquejar la dominacion universal, que fué ya desde entónces la ambicion de los conquistadores. Juntaron más bien que unieron las

(1) SÉNEC., *De ira*, III, 20. No damos el hecho como auténtico. Es posible que los Griegos hayan buscado una etimología á una palabra bárbara que tuviese semejanza con la de Rhinocolura. Esta suposicion es probable, pues el mismo nombre se encuentra en Egipto. La tradicion explica su origen, atribuyendo al rey Sabakos la abolicion de la pena de muerte; esta pena tal vez hubiese sido sustituida por la mutilacion de la nariz. Los culpables, arrojados de Egipto, edificaron, segun se dice, en los confines de la Siria una ciudad que tomó el nombre de Rhinocolura (DIODOR., I, 60.—LEPSIUS, *Die Chronologie der Aegypter*, I, p. 295).